

un propósito digno de la Iglesia ese deseo de *aumentar la suma de doctrinas saludables* de que goza el pueblo fiel? *Es un derecho que no puede negársela razonablemente*. Es casi inútil añadir, con el obispo de Brujas, "que, *bajo el punto de vista práctico*, el *aumentar el tesoro de las verdades santas* es una no pequeña ventaja para la Iglesia," (1). Cuando las viejas cadenas de la superstición están gastadas, se forjan otras nuevas con el nombre de *verdades reveladas*.

La doctrina del *desenvolvimiento* tiene todavía otra ventaja: dar satisfacción á la necesidad del progreso que lleva tras sí hasta á los partidarios del dogma inmutable. Y hé ahí cómo, en manos del nuevo evangelista, el dogma inmutable se transforma en dogma progresivo. La Inmaculada Concepción es un acrecentamiento de verdad, lo cual, traducido al castellano, quiere decir que la verdad se aumenta; por consiguiente, no es en el día lo que era en tiempo de Jesucristo; hay un progreso en la doctrina. Monseñor Malou se felicita de ello, y dice "que es un atractivo real para los espíritus rectos,"; con ese atractivo espera atraer á los protestantes y librepensadores; los que no tienen la dicha de formar parte de la Iglesia serán atraídos por un símbolo en que brillan *nuevos esplendores*. Y que no se diga que se trata de una simple apariencia: "Esa es más *SUSTANCIA mostrada en el objeto de la fe*," Traduzcamos aún, y sabremos que la *sustancia de la fe se acrecienta*. El obispo de Brujas añade, para dar más fuerza á su pensamiento, "que el alma hambrienta se saciará mejor después de grandes ayunos,". Si el alma, teniendo hambre, ha tenido que ayunar más largo tiempo, sin duda es porque durante siglos no ha hallado que comer. La *piadosa creencia* no estaba aún inventada. Afortunadamente Pío IX ha suministrado ese nuevo pasto á las almas hambrientas. Llegamos á la conclusión: "Así es como el dogma nace, se desenvuelve y brilla por fin en la Iglesia," (2).

No es otro el lenguaje de los librepensadores, y nosotros nos complacemos en estar de acuerdo con un obispo. Si fuéramos católicos, nos quedaría un escrúpulo: ¿cómo conciliar el progreso del dogma con la idea de la revelación? Si el dogma es progresivo, la revelación lo es también, y el cristia-

(1) MALOU, *l'Immaculée*, t. II, p. 245, 248 y siguientes.

(2) MALOU, *l'Immaculée*, t. II, p. 403, 253.

nismo entonces no es la última palabra de Dios. A fuerza de progreso podríamos llegar á una religión que no tuviera de común con la cristiandad más que el nombre. ¿Es esa la verdad, siempre y por donde quiera la misma, cuyo órgano se envanece de ser la Iglesia? Pues no es un solo doctor, no es un solo Padre, no es sólo Vicente de Lerins ni sólo Bossuet los que proclaman esa inmutabilidad; son los concilios, órganos del Espíritu Santo. Oigamos sus declaraciones: "Hay que atenerse á *la fe de los Padres*, dice el concilio de Calcedonia; nada se puede quitar ni añadir,". El segundo concilio de Constantinopla no fué menos explícito: "Hacemos profesión de atenernos y de predicar la fe que Dios y Nuestro Señor Jesucristo han dado desde el principio á los apóstoles y que éstos han anunciado á todo el universo,". Podríamos multiplicar estas citas (1); mas ¿para qué? Que se las compare con la teoría del *desenvolvimiento*, y se convendrá que esa doctrina está en oposición abierta con los concilios. Los Santos Padres hubieran rechazado con horror la idea de un dogma que se acrecienta, la idea de que la Iglesia puede hacer lo que hizo Jesucristo y que puede añadir algo á las verdades de fe que Dios ha revelado. Eso es realmente un nuevo Evangelio, pero el Evangelio de la novedad, el Evangelio de la herejía (a).

Notemos esto. Los obispos no se atreven á confesar esa ficción del *desenvolvimiento* cuando hablan á los fieles, y aun cuando les anuncien un dogma nuevo, tal como el de la Inmaculada, sostienen siempre la antigua inmutabilidad. El golpe de audacia es maravilloso. Hay que oír al mismo obispo de Gante para poder creer, nos atreveremos á decirlo, en tanta ignorancia ó en tanta ceguera. Cuando la procesión solemne de la Inmaculada, monseñor pronunció un benedictus en el cual dijo: "En todo tiempo habéis creído con todos

(1) Véanse las citas recogidas en los *Études sur le nouveau dogme*, p. 268-270.

(a) El discreto lector se admirará de que Laurent se esfuerce tanto en censurar la evolución reciente de los católicos por la cual vienen á convenir en el progreso, no ya sólo en materias de disciplina, sino en materia de dogmas. ¿No es ese el desideratum de los librepensadores? Pues ¿por qué no aceptar a dos manos la concesión? Ya hemos notado antes de ahora que á los materialistas volterrianos les come el deseo de exagerar la intransigencia católica y las absurdas interpretaciones de la doctrina evangélica para darse el fácil placer de criticarla despiadadamente. Pero á fe que no valía la pena de escribir tanto como Laurent ha escrito sobre el dogma para venir á parar en que el principio de la religión progresiva tiene también sus inconvenientes.—(N. del T.)

los fieles cristianos que María fué concebida sin pecado original; en todo tiempo habéis alimentado el ardiente deseo de ver convertida esa *verdad* en un *dogma de vuestra fe*," (1). ¡Los buenos Ganteses qué maravillados quedarían al saber que de tiempo inmemorial, de todo tiempo, es decir, ellos y sus antepasados desde que existe Gante, habían creído en la Inmaculada Concepción! ¡Qué admirados y que lisonjeados quedarían de haber conocido esa verdad, cuando los más grandes teólogos, los mismos santos y hasta los papas la ignoraban ó la negaban! ¡Lo que tiene el ser uno de raza ortodoxa! ¡Se cree en los dogmas sin saberlo, y hasta cuando esos dogmas no existen! Pero si el obispo de Gante lisonjea á su rebaño, no adula á los Padres de la Iglesia, á los doctores y á los santos que han tratado la piadosa creencia de error y de superstición. ¡Cómo! ¿Los Ganteses han creído con todos los *cristianos fieles* que la Virgen ha sido concebida sin mancha? ¡Luego los Padres de la Iglesia que no creían en esa Concepción sin mancha no están en el número de los *fieles cristianos*! San Bernardo, á pesar de su santidad, no era un *fiel cristiano*. Santo Tomás, el ángel de la escuela, no era un *fiel cristiano*. Inocencio III, que hizo correr á torrentes la sangre de los herejes, no era un *fiel cristiano*. Todos esos ilustres personajes no sabían lo que sabían los Ganteses. ¡Oh simpleza, qué grande es tu poder!

Las increíbles palabras que acabamos de comentar fueron pronunciadas en presencia de un gran concurso de fieles y de muchos obispos; después hubo un banquete, y luego una iluminación espléndida: todo para festejar la ruina del cristianismo tradicional, porque no hay catolicismo cuando ya no hay fe inmutable. Pues los apologistas del dogma de la Inmaculada se ven forzados á confesar que la piadosa creencia fué durante largo tiempo tolerada como se tolera la Saletta; después protegida, como se protege una opinión devota, y, por último, definida como verdad revelada. A la vista de un dogma que nace en medio de las tinieblas de la Edad Media, que crece y se propaga como la mala hierba, los apologistas se agarran á la hipótesis del *desenvolvimiento*, ya inventada para otros dogmas, como á una tabla de salvación. Pero llevando hasta el extremo la teoría del *desenvolvi-*

(1) *Le Bien public*, del 24 de Mayo de 1855.

miento en interés de la *piadosa creencia*, conmueven, y ¿qué digo? arruinan la inmutabilidad de la fe, el más sólido fundamento de la Iglesia. Hé ahí el triunfo celebrado con procesiones y con luminarias. ¡Y luego el obispo de Brujas, el evangelista de un evangelio que concluye con el de Cristo, viene á decirnos que el día de la Inmaculada Concepción dará su nombre á nuestro siglo! (1). ¡Con que nuestro siglo se llamará el siglo de la Inmaculada Concepción! ¡Qué honor para el papa y para nuestra época! El siglo XVIII es el siglo de Voltaire, el siglo de las luces, el siglo que proclamó la libertad, el siglo que emancipó al espíritu humano... y el nuestro será el de una creencia que la Edad Media condenó por la boca de un santo como un error y una superstición, ¡de una creencia que es un reto al buen sentido, de una creencia basada en falsificaciones, de una creencia que debe servir para explotar la credulidad humana! No, monseñor; habéis triunfado demasiado pronto. ¡Paciencia! Cuando la reacción católica dé lugar á un movimiento contrario, los gritos de victoria se cambiarán en gemidos de angustia. La humanidad se apartará con tedio, con desprecio, de una Iglesia que, para asegurar su dominación, eleva un error y una superstición á la altura de una verdad revelada, y que para defender tan horrible abuso ha recurrido á *piadosos fraudes* y á *piadosas mentiras*.

§ III.—El milagro de la Saletta.

N.º 1.—Discurso de la Virgen.

I

¡Un milagro en pleno siglo XIX! ¡Cómo van á ser confundidos los incrédulos! ¡Cómo se va á fortalecer la verdadera religión! Y no se trata de un milagro vulgar: es la Santísima Virgen, la Madre de Dios, la que se digna descender desde lo alto de los cielos, donde está sentada al lado de Jesucristo, para convertir al mundo. ¿Qué tienen que ver los santos, ni qué valen los profetas al lado de la cuarta persona de la Trinidad? Su lenguaje, sus predicciones, las curas maravillosas verificadas en la santa montaña, recuerdan el lenguaje de la Es-

(1) MALOU, *l'Immaculée*, t. I, p. VI.

critura, las profecías y los milagros que atestiguan el mayor de los prodigios, la Encarnación del Hijo de Dios. La Madre viene á dar testimonio en favor de su Hijo ante un siglo que, á despecho de la reacción católica, está poco dispuesto á creer en lo sobrenatural. Se concibe que los creyentes batan palmas por tan buena fortuna. Nosotros queremos contribuir, por nuestra parte, á la gloria de la Santa Virgen, dando á conocer al mundo incrédulo los relatos y las apologías que apenas lee.

Tenemos ante la vista una *Historia de Nuestra Señora de la Saletta*, sin nombre de autor; pero el editor anuncia en el título que ha sido escrita con presencia de documentos auténticos, y nos añade con gran modestia que su relato es una compilación de los escritos publicados con aprobación episcopal sobre el milagro de la Saletta, y cita al abate Rousselot, á monseñor Clemente de Villecourt y al abate Bez. Hé aquí nuestros fiadores. Además, dicha historia ha sido publicada en Lovania, uno de los centros de la ortodoxia desde que ha tenido la dicha de poseer una universidad católica. En tan respetables fuentes hemos tomado la historia de la aparición que la mayor parte de nuestros lectores tendrán ya olvidada, si es que la llegaron á saber.

El 19 de Septiembre de 1846, vispera de la fiesta de Nuestra Señora de los Dolores, Maximino Giraud, de diez y ocho años de edad, y Melania Mateo, de quince años, jóvenes pastores de la Saletta, salieron por la mañana del chozo de los Ablandinos para apacentar sus ganados por la montaña, adonde llegaron á eso del mediodía. El tiempo estaba en calma, el cielo sereno, la temperatura de un calor excesivo. Los dos pastores bajan al fondo de un ribazo y se sientan cerca de una fuente intermitente que en aquel entonces no manaba. Después de haber hecho su frugal comida, se durmieron. Melania se despertó la primera y llamó á Maximino para ocuparse de la guarda de sus ganados, y de repente se ofreció á su vista un espectáculo maravilloso. Copiaremos la relación de Melania: "Yo vi una claridad como el sol, todavía más brillante, pero no del mismo color, y dije á Maximino: Anda aprisa, vas á ver una claridad allá abajo. Maximino bajó diciéndome: ¿Dónde está? Aquí nos permitiremos dirigir una pregunta á nuestro ortodoxo historiador. ¿Cómo es que siendo la claridad más viva que el sol, el pastor no la percibió tan pronto como la pastora? ¿Cómo es que, aun

cuando la pastora le dijo que había allí una claridad más brillante que el sol, el pastor todavía no vió nada? No encontramos más que una respuesta á estas preguntas, y es la de que las jóvenes tienen un don particular para ver las cosas milagrosas. Melania continúa: "Yo le mostré con el dedo el sitio de la pequeña fuente, y él se detuvo cuando la vió. Entonces vimos una señora en medio de la claridad; estaba sentada y con la cabeza entre sus manos. Nos dió miedo... La señora se levantó de pie, cruzó sus brazos y nos dijo: "Acercaos, hijos míos, no tengáis miedo; estoy aquí para contaros una gran nueva... Viene después el discurso de la Señora, la cual desaparece en seguida volviéndose al cielo (1).

Un escritor protestante trata esta relación de *extravagancia pueril*, y no se muestra más respetuoso con el discurso de la Virgen; en el milagro de la Saletta no ve más que una porción de absurdos; y como, en su cualidad de anglicano, todavía le queda alguna fe, se indigna de la audaz parodia que la Señora hizo de la Ascensión (2). ¿Cómo le había de gustar á un hereje un milagro ortodoxo? Dejemos á los protestantes llenos de despecho contra una aparición que les contraría, y escuchemos á la Madre de Dios.

¿Cuál es la gran nueva que la Señora da á los jóvenes pastores? La de que la mano de su Hijo va á pesar sobre su pueblo: "Si mi pueblo no quiere someterse, me veo precisada á dejar que mi Hijo sienta su mano, la cual es tan fuerte y pesa tanto, que ya no la puedo contener... ¿Por qué es tan pesada la mano de su Hijo? Porque los pecados de los hombres traspasan ya la medida. La Señora va á decirnos cuáles son las grandes culpas que provocan la cólera de Dios: "Os he dado seis días para trabajar, reservándome el séptimo, y no se me le quiere conceder: sobre esto descargará muy especialmente la mano mi Hijo. Los carreteros no saben jurar sin poner por medio el nombre de mi Hijo; esta es otra de las cosas que hacen su mano tan pesada... La señora vuelve otra vez á insistir en su discurso sobre aquellos horribles crímenes: "No van á misa más que algunas mujeres provecas; las demás trabajan el domingo durante todo el

(1) *Histoire de Notre-Dame de la Salette*, t. 1, p. 2 y siguientes.
(2) *Edinburgh review, the Confraternity of la Salette* (Julio, 1857, t. CVI, p. 13).

verano, y en el invierno, cuando no saben qué hacer, los muchachos van á misa, pero no es más que para burlarse de la religión... Después la Señora habla de un nuevo pecado que ya había indicado en su exordio: "Por la cuaresma las gentes van á la carnicería, como si fueran perros... (1).

Los incrédulos pretenden que si la Santísima Virgen quería tomarse el trabajo de sermonear á los hombres, debería increparles faltas más graves que la de la observación del domingo y que los juramentos de los carreteros. Pero ¿qué entienden de eso los incrédulos? Si el siglo XIX se ve traído y llevado como un buque en medio de la tempestad, si se ve á cada instante en riesgo de ser tragado por las olas, si para salvarle son necesarios golpes de Estado, así como se propinan venenos á los enfermos desahuciados, todo eso no es más sino porque sólo las viejas van á misa y porque los carreteros invocan el nombre de Dios en vano. Hay burlones que dicen: ¡Dichoso el mundo, si todos los hombres se pareciesen á los carreteros! Porque si juran por Dios, demuestran con ello que creen en un Ser Supremo. ¡Pero cuántos otros hay que niegan á Dios y al alma! ¡Cuántos otros hay que no tienen fe más que en la materia, con tal que se llame oro y plata! Si la Virgen tenía gusto en hacer un discurso, debería haberlo dirigido contra los materialistas.

Los incrédulos deberían dar gracias á la Virgen de que quiere atraerlos al buen camino. Quien bien te quiere te hará llorar. Hace muchos años que se está trabajando en indagar las causas de la enfermedad que ataca á las patatas. ¿Por qué no se han dirigido los sabios á la Virgen Santa? Si se pudren las patatas, no es sino por los juramentos de los carreteros y porque no van á misa más que las viejas. Dejemos hablar á Nuestra Señora de la Saletta: "Si se disminuye la cosecha, vuestra es la culpa; ya os lo he hecho ver el año pasado con las patatas, y vosotros no habéis hecho caso. Por el contrario, cuando halláis estropeadas las patatas, juráis más y más por el nombre de mi Hijo. Y las pérdidas van á continuar, y este año por Navidad ya no tendréis nada... ¡Hé aquí seguramente una terrible calamidad para las clases pobres! Y no va á ser sola: "Sobrevendrá una gran hambre, peor

(1) *Histoire de Notre-Dame de la Salette*, t. 1, página 6 y siguientes.

antes de que venga el hambre, acometerá á los párvulos un temblor, y morirán entre las manos de los que los tengan; los demás harán penitencia por el hambre. Las nueces se pondrán malas y las uvas se pudrirán... De esta manera es como descargará la mano el Hijo de María sobre los hombres. Pero la Virgen, en medio de su misericordia, les hace también magníficas promesas, si quieren ir á misa y dejan de blasfemar: "Si se convirtiesen, las piedras y las rocas se cambiarán en montones de trigo, y las patatas abundarán en las tierras... (1).

Un escrúpulo nos asalta: las amenazas de la Virgen se dirigen á las clases inferiores, puesto que ellas son las que se alimentan de patatas, siendo así que si aun queda algo de fe en el mundo es entre los pobres. Si las damas del gran mundo van á misa, no es más que por ver y por ser vistas. Y si los señores de guante blanco no juran es porque ni siquiera creen en Dios. ¿Por qué no ha profetizado la Virgen la enfermedad de las trufas, en vez de profetizar la de las patatas? Y después, ¿por qué los niños menores de siete años han de morir de un temblor? ¿Tienen ellos la culpa de que juren los carreteros y de que sólo las viejas vayan á misa? El hambre con que la Señora amenaza á los culpables ya no amedrenta á nadie, porque ya no hay hambre más que para los que no tienen dinero. Aparte de eso, una cosa nos disgusta en el discurso de la Virgen: dice á los hombres que no siembren. ¿Es acaso ese un medio de prevenir el hambre? Verdad es que el hambre debe ser un castigo divino; pero razón de más para dejar que los culpables siembren sus tierras; de ese modo el castigo sería más ejemplar y más eficaz.

Pero ¿á qué detenernos en esto? ¿No es por su esencia el milagro una cosa incomprensible para nuestra pobre razón? Pues cuanto más absurdo, tanto más divino. Bajo este concepto, el milagro de la Saletta se recomienda á los incrédulos lo mismo que á los creyentes. Cuando Nuestra Señora anunció la gran nueva á los pastores, les añadió: "Ahora bien, hijos míos, hacédlo saber á todo mi pueblo... Volvió todavía á repetir estas palabras, y después hizo su ascensión. Los dos pastores debían desempeñar el cargo de mensajeros divinos; y sabido es que cuando á un niño se le da un encargo,

(1) *Histoire de Notre-Dame de la Salette*, t. 1, p. 6-8.

se tiene cuidado de explicárselo en términos claros é inteligibles. En los milagros, las cosas no pasan así: los dos pastorcillos no entendían el francés, sólo sabían un mal *patue*. Sería hacer una injuria á la Virgen el suponer que ignoraba este hecho, siendo así que lo debe saber todo, como asociada á la Trinidad, y, sin embargo, comienza por hablarles en francés, que es como si les hubiera hablado en hebreo, para anunciarles la gran nueva. Cuando llega á lo de las patatas que enferman, la pastora pregunta al pastor qué quiere decir aquéllo. "¡Ah! dice la señora; ¿no entendéis? Os lo voy á decir de otro modo." Entonces continúa hablando en *patue* y concluye en francés.

El milagro de la Saletta ha encontrado incrédulos en el seno del clero, y ha sido sobre todo ese singular galimatías de francés y de *patue* el que les ha impresionado mal. ¡Cómo! dicen, ¿la Madre de Dios descende de su trono celeste para anunciar una gran nueva á los hombres, y habla un idioma desconocido á aquellos á quienes encarga el mensaje? Si hubiera continuado su discurso en el mismo idioma, en rigor se explicaría tan extraño procedimiento; podría decirse que el hecho era tanto más milagroso, y que él mismo atestiguaba el milagro con singular evidencia. Pero ¿por qué comenzar en francés, hablar después *patue* y concluir, por último, en francés? Esa es una falta de reflexión que sería impio suponerla en la Madre de Dios; eso supone una cabeza trastornada (1). La objeción ha hecho impresión hasta en los ánimos dispuestos á creerlo todo; algunos curas han preguntado á la pastora cómo había podido retener el relato de la Señora sin entenderlo, y Melania dió esta respuesta que los creyentes admiran: "La Señora no me lo ha dicho más que una vez, y yo lo he recordado perfectamente. Y además, aun cuando yo no comprendiese bien, diciendo lo que ella ha dicho, los que saben el francés lo comprenden, aun cuando yo nada comprendiera. Esto *bastaba*." Si eso bastaba para la primera parte del discurso, ¿por qué no bastaba para la segunda? (2). Hé aquí otra explicación que leemos en Nuestra Señora de la Saletta: "La Virgen, hablando en francés, hacía que los jóvenes estuvieran más atentos" (3). Esperamos que

(1) *La Saletta devant le pape, ou Rationalisme et hérésie, découlant du fait de la Saletta* (Grenoble, 1854, p. 324).

(2) *La Saletta devant le pape, ou Rationalisme et hérésie, découlant du fait de la Saletta*, p. 66-68.

(3) *Histoire de Notre-Dame de la Saletta*, t. 1, p. 217.

ese ejemplo aprovechará á los oradores sagrados y profanos. ¿No se les escucha? ¿Se tose? ¿Se habla? ¿Se rie? Ellos tienen la culpa: ¿para qué no hablan el chino? Verían cómo se les escuchaba con éxtasis.

Eso es sublime en su género. Y no se diga que lo sublime toca en lo ridículo; esa máxima ha sido inventada por un incrédulo; en un milagro todo es sublime. Para complacer á nuestras lectoras, las vamos á decir cuál era el traje de Nuestra Señora de la Saletta; es la pastora la que habla: "La Señora tenía zapatos blancos con rosas alrededor, que eran de muchos colores; medias amarillas, delantal pajizo, una túnica blanca llena de perlas, un fichú blanco con rosas alrededor, una gorra alta un poco encorvada por delante, una corona con rosas alrededor de su gorra; tenía también una cadena muy pequeña, de la que pendía una cruz con su Cristo; á la derecha estaban las tenazas y á la izquierda un martillo, y de los extremos de la cruz salía otra gran cadena que caía como las rosas alrededor de su fichú." Después de haber dado esos detalles, más minuciosos que los de un pasaporte, añade la joven: "Yo no la podía mirar mucho tiempo, porque nos *deslumbraba*" (1). Hay en esto una variante. Una joven devota preguntó á la pastora si no había nada sobre las chinelas de la Señora. La pastora respondió: "Un lazo amarillo, y era cuadrado." Nueva pregunta: "¿El lazo era ancho?" Melania: "Llegaba hasta por cima de la chinela." (2). Un diestro zapatero no hubiera analizado mejor al lazo, y, sin embargo, la pastora estaba *deslumbrada* y no pudo mirar mucho tiempo. ¡Cuántos milagros sólo en la descripción de un traje!

No os riáis, lectores incrédulos; al contrario, arrodillaos y adorad la benevolencia de la Santa Virgen. La joven pastora nos dice "que la Señora no dejó de llorar mientras que estuvo hablando: yo he visto correr sus lágrimas", dice (3). Esas lágrimas son milagrosas, como todo lo que pasó en la santa montaña. Melania, transformada en Sor María de la Cruz, escribe á un eclesiástico: "Las lágrimas de nuestra buena Madre eran brillantes y

(1) *Histoire de Notre-Dame de la Saletta*, t. 1, página 11 y siguientes.

(2) *L'Echo de la Sainte Montagne, visitée par la mère de Dieu*, página 65.

(3) *Histoire de Notre-Dame de la Saletta*, t. 1, p. 5.

no caían al suelo, sino que desaparecían como chispas de fuego" (1). Así es que la Virgen lloraba sin verter lágrimas. Y ¿por qué lloraba? Por nuestras desgracias y nuestras culpas. Ya sabemos por su propia boca que le costaba trabajo contener la mano fuerte y pesada de su Hijo. Y prosigue la dulce María: "Hace tiempo que sufre por vosotros; y si quiero que mi hijo no os abandone, tengo que suplicarle sin cesar." Estas palabras pertenecen á la parte del discurso que la Señora pronunció en francés y que los pastores repitieron milagrosamente sin entenderlo. El francés no es muy correcto; sin duda que en el cielo no se habla la lengua de Voltaire. Y también parece que hay allí sentimientos diferentes que en la tierra. La buena María, sin dejar de llorar, acusó á los hombres con bastante dureza su ingratitud: "Y vosotros no hacéis caso alguno, aun cuando sería en vano todo lo que oraseis y lo que hicieseis, porque no podríais nunca recompensar el trabajo que he tomado por vosotros" (2). Si tal es la impotencia de los pobres humanos, ¿por qué se enfada con ellos la Santa Virgen? ¿Por qué les echa en cara sus beneficios, en vez de apiadarse de su miserable condición? ¿Se usa acaso en el cielo el echar en cara los servicios que se prestan?

II

Ya conocen nuestros lectores el discurso de la Señora; es un discurso sobrenatural que no puede apreciarse según las reglas de la gramática y de la retórica: los oráculos divinos hay que leerlos con los ojos de la fe, si se quiere penetrar bien el sentido y comprender la belleza celestial, por lo cual no vendrá mal un comentario. Por de pronto, hé aquí una apreciación genérica. En el seno del clero, algunas malas lenguas han sostenido que la Nuestra Señora de la Saletta era pura y simplemente la señorita Lamerliere, y que esta señorita era loca ó poco menos. Monseñor Amadeo Nicolás, abogado y antiguo notario, se tomó el trabajo de refutar esas calumnias y dijo: "Si la señorita Lamerliere es loca, prueba evidente de que nada tiene de común con Nuestra Señora de la Saletta. ¿Acaso una loca

puede pronunciar un discurso tan profundo y tan sentido, que revela un conocimiento tan grande de los vicios y necesidades de nuestra época?" (1). Y aun se puede decir más. "Hay *concordancia*, prosigue el apologista de la Saletta, entre el estado del mundo, tal como lo ha denunciado Nuestra Señora de la Saletta, y el que revelaron Isaías, David y nuestro divino Redentor. Hay también *concordancia* entre los castigos y las plagas de que nos habla la Señora y aquellos con que el Redentor y el Profeta nos amenazaron. *Hay más que concordancia, hay identidad*." La misma *concordancia ó identidad* existe con las palabras de Pio IX. Y la consecuencia de esta identidad es grave: "Es que no se pueden atacar y criticar las palabras de la bella Señora sin atacar y criticar las de nuestro Señor, las de Isaías, las de David y las del soberano pontífice" (2).

Esta luminosa comparación cierra la boca á la crítica. ¿Pretendéis que la Señora de la Saletta habla como una loca?... Pues, por de pronto, sois impíos, porque lleváis la mano, no ya sobre el soberano pontífice y los profetas, lo cual no detendría á un incrédulo, sino que insultáis á Jesucristo, que, Hijo ó no de Dios, es una de las grandes figuras de la humanidad. De este modo, el hecho de la Saletta se ve elevado á la altura de la revelación cristiana. Nada mejor para los que creen en la *identidad*; pero ¿qué será de la revelación, si la Saletta no es más que una mixtificación? Habrá que concluir diciendo que la revelación es más que una broma. La Señora de la Saletta es una demente; luego Cristo será también un demente. Los carreteros que juran y las nueces que se pudren, ¿son una simpleza? Luego la *buena nueva* es una simpleza. ¡Oh imprudentes apologistas! Hay, en efecto, si no identidad, por lo menos cierta solidaridad entre todos los milagros. Si el de la Saletta, que ha tenido tanta resonancia y que ha encontrado tantos creyentes, es una superchería y una farsa, ¿qué pensar de los milagros en que se apoya la revelación! Para salvar la revelación es indispensable defender á la Saletta hasta con los dientes y con las uñas. Y nada más fácil si se cree á los apologistas. Dejémosles la palabra.

Los incrédulos dicen que el exordio del dis-

(1) AMADEO NICOLÁS, *la Saletta devant la raison et le devoir d'un catholique*, p. 44.

(2) AMADEO NICOLÁS, *la Saletta devant la raison et le devoir d'un catholique*, p. 65 y siguientes.

(1) *Suite de l'Echo de la Sainte Montagne, ou l'Apparition rendue plus évidente*, p. 39.

(2) *Histoire de Notre-Dame de la Saletta*, t. 1, p. 6.